

El hombre que no deberíamos ser. Octavio Salazar

...El carácter precario de nuestra identidad también está ligado a otra característica de la que derivan buena parte de nuestros comportamientos tóxicos. Me refiero a que nuestra identidad no se suele construir en positivo, sino en negativo. Es decir, no se trata tanto de que tengamos claro el trayecto a seguir como hombres, sino más bien el que no debemos recorrer si queremos ser fieles a los mandatos de género. Y lo que no debemos ser y hacer tiene que ver con lo que son y hacen las mujeres. O sea, ser hombres supone ante todo y por encima de todo “no ser mujer”. Por eso desde muy pequeños nos enseñan a distinguirnos de las niñas, a no vestirnos como ellas, a no divertirnos con sus juguetes, a no actuar como lo hacen nuestras compañeras. De ahí nuestra “huida” de todo lo doméstico, del cuidado, de un determinado sentido de la estética y, por supuesto, de ciertas emociones. Ser hombre implica, entre otras muchas cosas, escapar de las emociones femeninas, de los vínculos relacionales, refugiarnos en una racionalidad que es necesariamente “parcial” porque solo tiene en cuenta el sentido masculino de la existencia. Por eso también desde que somos unos niños nos enseñan que no debemos llorar, que hemos de mostrarnos siempre fuertes y aguerridos, que lo nuestro no es la duda ni la fragilidad, que siempre estamos dispuestos para la acción y el combate. Hacer lo contrario supondría traicionar a nuestro género y convertirnos en una de ellas.

La suma de estos dos factores, la precariedad y la negación de lo femenino, confluye en otra característica que ha sido determinante para la masculinidad hegemónica. Me refiero a la homofobia, y no solo como actitud de rechazo de las opciones sexuales que no responden a la “normalidad” heterosexual, sino de todo lo que tiene que ver con las mujeres. Por eso, desde estos parámetros, un homosexual es un traidor a las expectativas de género, y también por eso no hay mayor sensación entre iguales que calificar a otro como maricón, mariconazo o nenaza. Lo que estamos diciendo con ello es que ese chico que, por ejemplo, recibe ese insulto en el patio de un colegio o a través de una red social no se está comportando como debe, con independencia, con independencia de cuáles sean sus deseos sexuales. La “policía de género” marca estrictamente las fronteras y es muy complicado, todavía hoy, resistirse a mandatos como aquel implícito en una frase que hemos leído en los libros de Historia: “llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre”